

DIVORCIO: ¿MALAS NOTICIAS?

Por Adriana Segovia Urbano*

Acostumbro preguntar en clase o en consulta: “cuando piensan en la palabra divorcio, ¿en qué piensan?” Así me gustaría preguntarles a ustedes, lectores, ¿en qué están pensando cuando escuchan esta palabra....?

Las ideas más comunes que he escuchado son: dolor, separación, frustración, temor, pérdida, decepción, enojo, fracaso.... Otras menos frecuentes, pero que también aparecen son: alivio, nueva oportunidad, paz, tranquilidad. Desde luego las ideas que primero nos vienen a la mente están relacionadas con experiencias propias o cercanas, aunque también se basan en estereotipos.

Muchas de las películas nacionales de los años cincuenta (“época de oro de nuestro cine”), son una ventana a los estereotipos culturales que nos han formado en cuanto a ideas y valores respecto a la familia, el matrimonio y por supuesto al divorcio, de hecho hay una que se llama precisamente “Los hijos del divorcio”, un drama desde luego, con malos, buenos y víctimas, como exige todo estereotipo. Ahí aparecen también las madres abnegadas que “todo lo soportan”: Sara García, Marga López, Libertad Lamarque, y que nunca se atreverían a “destruir” una familia, aunque tengan que “aguantar” parejas de machos, violentos o alcohólicos.

¿Suena muy lejos? Sí y no. O díganme ustedes cuáles de estas frases les suenan recientes o más cercanas: “el matrimonio es para toda la vida... y te tienes que aguantar”, “el hombre puede hacer lo que quiera, pero la mujer es la base del matrimonio y la familia”,

* Socióloga y Terapeuta familiar. Miembro del Centro de Atención a la Violencia Doméstica del Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia, A. C. (CAVIDA-ILEF).

“hay que aguantarse por los hijos”, “los hijos necesitan un papá, por eso no hay que separarse, pase lo que pase”, “yo no voy a andar teniendo hijos de diferentes padres”...

Lo que está resumido en esas frases, en las ideas y cultura que hay detrás de esas ellas, es una *idealización del matrimonio* como fuente máxima de realización, identidad, felicidad, estabilidad, valores, seguridad y bienestar. Ciertamente una buena relación brinda *algo* de todo eso, el problema es considerar que *sólo el matrimonio y cualquier matrimonio* lo puede asegurar. La realidad nos dice que no.

Todos los matrimonios pasan por diferentes etapas de un ciclo vital y atraviesan diversas situaciones de crisis. Hoy en día, algunas de estas crisis terminan en divorcio, la mayoría no. En Estados Unidos se espera que el 50% de los matrimonios terminen en divorcio, la cifra es más baja (menos estudiada o exacta) en México, pero ciertamente la tasa de divorcio tiende a crecer. Y esto, en mi opinión, *no necesariamente son malas noticias*.

No todas las crisis matrimoniales ameritan un divorcio, pero hay muchas que sí y sin embargo éste no se realiza. Ante las crisis, mi opinión sería *siempre y en primer lugar agotar todas las posibilidades de entendimiento para evitar el divorcio*. Superar las crisis de este modo asegura formas de reafirmar el compromiso matrimonial y presenta oportunidades para crecer como personas y como pareja.

¿De qué depende que una crisis termine en divorcio? Desde luego eso sólo pueden saberlo las personas involucradas. Pero vistas desde afuera, creo que hay situaciones *sistemáticas* que una persona no debería tolerar *si no hay un cambio*: la violencia física y/o emocional (incluye la infidelidad), porque dañan la dignidad y la salud física y emocional de las personas, incluyendo a los hijos. Sostener un matrimonio así sólo asegura lo contrario de lo que se espera del estereotipo del matrimonio: no realización,

pérdida de autoestima, infelicidad, inestabilidad, valores inadecuados, inseguridad y malestar.

¿Y el amor? El amor es un ingrediente que parecería suficiente para sostener un matrimonio. “Me golpea, pero lo quiero... pero me quiere”, “me cela... es que me quiere”, “cómo lo voy a dejar, si lo quiero tanto...”. A veces converso con personas que sostienen estos conceptos de amor y siento que en ocasiones no es necesario cuestionar esos conceptos, lo que es claro es que no es suficiente “el amor” para mantener una pareja, también se necesita **respeto**, por ejemplo. Muchas parejas que se divorcian ya no se quieren, pero otras sí, y sin embargo hay situaciones insostenibles.

Decía antes que el aumento en la tasa de divorcios. quizá no signifique necesariamente “malas noticias” Hay una serie de factores sociales, económicos y culturales para que esto ocurra. Uno de esos factores culturales tiene que ver justamente con el cambio en los estereotipos y prejuicios que mantenían a muchas mujeres y a sus hijos en situaciones de violencia, maltrato y riesgo “por no destruir a la familia”, “por no quitarle el padre a mis hijos”, etc., valorando por sobre una estructura familiar rígida (que, insisto, por sí misma no protege a sus integrantes), el bienestar emocional de sus miembros.

No comparto la opinión de varias personas de que hoy a la gente “se le hace fácil” divorciarse. La decisión y el acto de divorciarse son actos profundamente dolorosos. Es hasta cierto punto “más fácil” continuar en una situación de malestar que imaginarse y construirse un futuro diferente y mejor, implica un “cambio de planes” radical. Sin embargo, cuando se toca el punto “no quiero más este sufrimiento”, entonces se puede iniciar la posibilidad de un cambio de vida más plena, haya que hacer lo que haya que hacer. Esto es difícil de verse en una primera etapa de la separación, cuando todo parece

pérdida, pero con un trabajo personal y familiar, esta crisis puede ser también una oportunidad de crecimiento.

No puedo dejar de incluir algo personal que por supuesto impregna mi visión: me casé una vez, tuve un hijo, me divorcié y fue muy doloroso. Viví sola con mi hijo cinco años y aprendí a disfrutar esa situación. Hoy estoy casada nuevamente, vivo con mi esposo y mi hijo, y me siento inmensamente feliz.